

Wicked Game

Lina Acevedo



Capítulo 1

Le gustaría decir que su ataque de pánico se debía a algo importante, sin embargo, se debía pura y meramente a la procrastinación. Había tenido casi tres meses para escribir un relato de diez mil palabras que valía la mitad de su nota en literatura y aunque lo había intentado con diversos temas como la escasez de lugares turísticos o interesantes en su pueblo, fútbol, anécdotas graciosas de su familia y demás, no llegaba a las dos mil palabras y no sabía qué más escribir, dado que había un número limitado de palabras y sinónimos que podrías emplear para añadirle relleno a un escrito antes de que perdiera cualquier tipo de sentido que hubiera podido tener en primer lugar.

Entre la pérdida de orgullo por tener que pedir ayuda a su profesora o la pérdida de dignidad de ser el único que hubiera reprobado literatura en la historia de la escuela, la elección estaba clara. Así que ahí estaba mirando a la profesora Grey esperando a que ella le contestara luego de que le hubiera contado su problema. Más que molesta u horrorizada, se veía divertida mientras jugueteaba con un lápiz. Dejó el lápiz y giró la cabeza en dirección a Ryder que estaba sentada en uno de los escritorios del fondo... durmiendo apoyando la cabeza entre sus brazos sobre el escritorio, y eso que se suponía que estaba allí como apoyo moral para él. Consideró tomar una foto para futuros chantajes, pero la profesora Grey no le dio la oportunidad.

—¿Señorita Ryder?

Ella levantó la cabeza y su cabello se movió a su alrededor como un halo. Entrecerró los ojos y flexionó un brazo apoyando su mentón en la palma de su mano.

—¿Ha terminado ya su ensayo?

Asintió con la cabeza y ladeó la cabeza, preguntando el porqué. La profesora Grey volteó a verlo, al parecer se había convertido en el traductor no oficial de Ryder si el que lo miraran cada vez que ella se negaba a responder era un indicativo.

—Ella preguntó por qué quiere saber.

—¿Sobre qué tema?

Nate estaba por responder por ella, cuando para su sorpresa, Ryder lo hizo.

—Una reseña de los crímenes más relevantes de este siglo en el pueblo.

La profesora Grey asintió y parecía sorprendida, Nate no la culpaba, incluso él se había sorprendido cuando ella se había burlado de él por no haber hecho el ensayo todavía cuando hasta ella lo había terminado.

—¿Por qué escogiste ese tema?

Él vio esa pequeña arruga que se le marcaba en el entrecejo cuando perdía la paciencia con lo que ella llamaba "estupidez humana". Casi pudo adivinar su respuesta.

—Los crímenes son divertidos.

Sonrió al atinarle. Una vez respondió, ella volvió a acomodar el brazo y volvió a dormir. La profesora Grey suspiró y puso los ojos en blanco.

—Bueno, señor Stone, a diferencia de la señorita Ryder, en este tipo de ensayos, la gente suele escribir sobre vivencias propias —requirió toda su fuerza de voluntad no hacer ningún comentario sobre eso—, pero tomando en cuenta la motivación de su amiga, ¿Ha intentado escribir sobre algo divertido o interesante que le haya pasado?

Lo primero que pasó por su cabeza no había sido divertido aunque sí había sido interesante. Pero incluso para él era difícil de creer y eso que había estado ahí.

—Si lo escribiera, no me creería.

Ella solo sonrió.

—En la literatura existe lo que se llama suspensión de la incredulidad, señor Stone.

Capítulo 2

Era lunes. Odiaba los lunes. Pero estaba emocionado. No emocionado en el sentido de querer ir a clases, de hecho prefería romperse la otra pierna que volver a la escuela, pero estaba tan desesperado por salir de su casa y la vigilancia de sus padres que si hubiera podido escapar, lo habría hecho.

Se incorporó muy rápido y maldijo cuando sintió una oleada de dolor en su cadera que lo dejó viendo estrellas, tuvo que esperar un par de minutos para levantarse hasta que su pierna dejó de latir en agonía y una vez se aseguró de que podría pararse solo sin cojear demasiado fue a darse un baño y vestirse, estaba desesperado por volver a clase pero se negaba a ir en bastón, no le apetecía el bullying, muchas gracias.

Cuando bajó a desayunar, todos estaban allí hablando al mismo tiempo y comiendo. Gina estaba vistiéndolo a sus sobrinos mientras estos terminaban de comer, su madre les estaba sirviendo comida a todos mientras les gritaba que se estaban retrasando, Jaden estaba bebiendo café como si su cordura dependiera de ello, Sky y Maddie estaban peleando sobre alguien tomando la ropa de alguien, y su padre estaba sosteniendo a Louis Jr. que estaba durmiendo a pesar del escándalo, e Izzy estaba preparando el medicamento de L. Jr.

Su madre le tendió su desayuno para que comiera y agradeció que no hiciera ningún comentario sobre lo tarde que iba. Comió en silencio mientras trataba de convencerse a sí mismo que la escuela no era tan mala, dejando que la conversación fluyera a su alrededor escuchando algún fragmento ocasional, hasta que la discusión entre Maddie e Izzy llamó su atención.

—¡Lo juro!

—¡No mientas, Maddie!

—¡Pregúntale a Sky si no me crees!

—¿Qué pasó? —le preguntó a su padre, que estaba a su lado.

—Maddie dice que la señora Holland fue a la librería a comprar útiles escolares.

Nate frunció el ceño sin creerle. La señora Holland era la típica anciana amargada, religiosa y aislada que todo pueblo tenía. Se veía como de 80 años, siempre andaba encorvada en su bastón rumbo a la iglesia, y era el único lugar en el que se veía ya que nunca salía a ninguna otra parte, rara vez hablaba con otras personas y era muy cruel con quién le hablara.

Vivía a las afueras del pueblo en una casa vieja de ladrillo color gris, con un jardín lleno de maleza cercado por una reja metálica oxidada. No se sabía mucho de su familia, sabía que era viuda y Jaden juraba que había estudiado con su hija en la escuela, pero nadie lo recordaba, y aún si la dichosa hija hubiera existido, en sus 17 años de vida, ella no había pisado el pueblo o todos lo habrían sabido ya.

Nate decidió no hacer ningún comentario al respecto. Terminó de comer, se despidió de toda su familia y enfiló rumbo al instituto. No llegó a mitad del camino y ya lamentaba no haberse quedado en casa o en su defecto haber traído un bastón. Quién hubiera escogido la ubicación de la escuela, odiaba a los estudiantes y quería torturarlos, la escuela quedaba en una cima de una colina muy empinada por lo que tenían dos opciones: caminar por una hora completa por la carretera que habían construido para que los profesores pudieran llevar su auto o caminar por un camino de grava a través del bosque por una subida infernal que dependiendo la velocidad, podía tomar diez a veinte minutos. Todo esto sin tomar en cuenta el tiempo que tomaba llegar desde casa a esa colina en particular.

Cuando consideró que su orgullo no valía tanto, consideró devolverse, pero recordó que eso implicaba tener que caminar por 25 minutos más rumbo a su casa, por lo que tensó la mandíbula y por pura fuerza de voluntad siguió adelante. Cuando llegó a la explanada se sentó en el primer banco que encontró, veía borroso y no sabía si le dolía más la pierna o el hombro. Se limpió el sudor, bebió toda su botella de agua y agradeció a su madre que le había empacado un par de pastillas para el dolor. Solo esperaba que la política antidrogas de la escuela no incluyera sus medicamentos porque tomó el doble de su dosis, pero situaciones desesperadas, medidas desesperadas.

Reunió el escaso valor que le quedaba y entró. No tener dignidad tenía sus ventajas, ya que el que todos se apartaran de él como si tuviera la peste, acababa con la autoestima de cualquiera. Dejó las cosas en su casillero mientras rehuía la mirada de todos, tomó con agradecimiento el paquete de papeleo que la secretaria había dejado en su locker para que no tuviera que subir dos pisos a su oficina, revisó por encima su horario y viendo de refilón que viejos compañeros suyos iban caminando en su dirección, tomó la primera libreta que encontró y cerró el locker de un portazo. Luego, caminó tan rápido como pudo y entró en su salón agradeciendo a cualquiera que escuchara allá arriba no tener que hablar con ellos todavía. Se paró en seco cuando se dio cuenta que él no era el único en el salón, había otra persona allí.

Una persona que él nunca había visto antes.

Era una chica. Parecía tener 13 años, era tan pálida que podía ver las venas azules de su cuello y era muy delgada, tenía rasgos afilados y unos lentes de sol tan grandes que cubrían la mitad de su cara, su cabello era

negro y caía suelto alrededor de su cara hasta su cinturapasados los hombros. Tenía vaqueros, botas, un suéter con la capucha puesta, y usaba guantes, todos negros, lo único que le daba algo de color era un labial color verde oscuro que la hacía ver inquietante.

La chica estaba sentada en el pupitre del fondo escribiendo a toda velocidad en su teléfono mientras fruncía los labios con lo que parecía irritación sin siquiera levantar la mirada cuando él la saludó. Su mochila estaba tirada con descuido en el suelo junto a sus pies.

Caminó y se sentó a un par de pupitres de ella, pero quedando también en la última fila. Mientras los demás alumnos llegaban, se fueron acomodando en sus lugares y por suerte, nadie le pidió que se moviera, pero los escuchó cuchichear aunque no alcanzaba a entender sobre quién, aunque suponía que era sobre él.

Una vez sonó el timbre, entró su profesora. La profesora Grey era la profesora de literatura, ella le había dado clases antes del accidente y era muy joven, recién graduada cuando había sido contratada. Era menuda, de cabello castaño que recogía en un moño y tenía los ojos de un bonito tono gris, tendría ya unos 30 años y siempre usaba vestidos y cárdigans. Era una de sus profesoras favoritas, amaba su trabajo, era muy relajada y no se molestaba porque hablara de literatura de forma coloquial.

Ella entró, aplaudió y todos hicieron silencio.

—Antes de empezar la clase, quisiera hacer dos anuncios importantes. El primero, es que tenemos de regreso al señor Nathan Stone, luego de que tuviera que ausentarse todo el año pasado por un accidente, por favor sean amables con él y ayúdenle en lo que puedan.

Todos voltearon a verlo, como si no lo hubieran visto ya, y la profesora Grey se aclaró la garganta hasta que todos voltearon a verla de nuevo.

—Y el segundo, es que tenemos una nueva estudiante, ¿Quiere presentarse, señorita Ryder?

Hubo un silencio sepulcral mientras todos voltearon a ver a la chica. Ella seguía jugando en su celular mientras el silencio se tornaba incómodo, luego dejó su celular en la mesa, levantó la mirada y habló.

—Soy Ryder, a secas. Tengo 15 años y no tengo paciencia con la idiotez. No se molesten en acercarse a mí si no van a decir algo interesante. Gracias.

Volvió a tomar su celular y siguió escribiendo en él. El silencio se tornó aún más frío y aunque usó toda su fuerza de voluntad en no hacerlo, no pudo contenerse y Nate se echó a reír. Si mezcló diversión e histeria, no

era asunto de nadie.

Capítulo 3

Damian se puso el traje y se miró en el espejo asegurándose de que nada estuviera fuera de lugar. Fue a su biblioteca y abrió la caja fuerte, sacó un sobre con los ajustes al contrato de la fusión en los que había estado trabajando los últimos 6 meses.

Antes de cerrar la caja fuerte, vio una fotografía suya hace 15 años atrás. Delgado, escuálido, con la piel destrozada por el acné, ortodoncia y lentes, incómodo en su propia piel mientras trataba de pasar desapercibido en la escuela, lo único que había dado era pena. Cada vez que tenía un caso importante, se obligaba a contemplar la fotografía para no olvidar de dónde venía y recordar que ya no era ese niño. Dudaba que alguien recordara todavía esa etapa, pero él lo hacía y se negaba a olvidarla.

Una vez se aseguró de llevar todo consigo, fue a su auto y su chofer lo llevó al bufete. A diferencia de Sterling no era un maniático del control que siempre tenía que conducir. Al llegar a su oficina, Lizzie, una de las asistentes legales que se había convertido en su amiga, había dejado en su escritorio un café tal como le gustaba, sin leche pero con azúcar avainillada.

—Buenos días, futuro asociado— irrumpió Lizzie llevando consigo varios informes y una bandeja que contenía su tarta de fresas preferida.

Su piel color ébano estaba impecable y su cabello estaba orgullosamente recogido en finas trenzas con abalorios color verde oscuro que eran inusuales en el ambiente corporativo, ella nunca había permitido que nadie la hiciera cambiar su cabello y eso le había costado muchas oportunidades laborales.

Esa era una de las razones por las que la adoraba, era ella misma sin disculpas, eso, su impecable gusto en postres... y en hombres.

—¿Verde?

Ese era un tono bastante moderado para ella, por lo general solía favorecer los rosas brillantes y los turquesa que casi brillaban en la oscuridad, incluso la había visto con cintas color canario.

—Adivina a quien invitaron a la junta— canturreó emocionada, aunque pudo discernir algo de ansiedad ahí.

Que le permitieran asistir era algo o muy bueno, o muy malo. Él se pondría de muy mal humor si planeaban despedirla, su amiga era muy buena en su trabajo, aunque su temperamento contrastaba con el de La Croix, su jefe. Luego recordó que era una junta general, eso implicaba

que los tres socios iban a estar ahí en persona. Y que Lizzie, quisiera o no, tenía que ajustarse al código de vestimenta.

Siendo justo, la orden de La Croix no estaba fundamentada en algún tipo de racismo, se debía a su desprecio absoluto por el color. Ella le permitía usar cualquier estilo, peinado y ropa siempre y cuando careciera de vitalidad, esa era la única razón por la que Lizzie se atenía a la norma por mucho que le fastidiara.

Se tomaron el café y comieron el postre mientras él la distraía preguntando detalles sobre su boda. Mientras ella le contaba sobre su discusión con su prometido por invitar una celebridad a la boda, vio a Jean-Luc pasar por el pasillo rumbo a la sala de juntas.

Pelirrojo, alto y atractivo, usando un traje que costaba tanto como su alma, Jean-Luc Deveraux era uno de sus mejores amigos y había sido uno de los socios fundadores del bufete con Sterling y St. James. Luego de su cambio de profesión, de vez en cuando les daba asesorías informales sobre algunos casos de derecho penal.

Lizzie y él se levantaron, ella se fue a prepararse para la reunión y él tomó una carpeta y fue a la sala de conferencias, donde vio a Jean hablando por teléfono y sonriendo como un tonto. Una vez terminó la llamada, se acercó y lo abrazó.

— ¿Buena noche?— dijo señalando la ligera marca en su cuello.

— No me quejo —dijo él encogiéndose de hombros.

— ¿Quién fue la afortunada?

— Caroline, una asistente legal del departamento.

Damian sonrió y señaló el teléfono.

— ¿Segunda ronda?

Jean se echó a reír y sacudió la cabeza.

— No, esa era la detective Steele.

Conocida popularmente como su compañera de trabajo y quien tenía por costumbre trapear el piso con su amigo. Lo había escuchado hablar sobre ella día sí y día también por casi un año y ya hasta le daba pena.

— Deberías invitarla a salir, hombre.

Antes de que él le diera una respuesta, Sterling entró a la sala de juntas. Más alto que Jean, con el cabello color negro y unos ojos de un color verde azulado, Sterling era una fuerza de la naturaleza y su mejor amigo.

—Estoy impresionado por tu puntualidad— bromeó Damian.

Sterling puso los ojos en blanco y se sentó en uno de los sillones.

—Tengo que tomar un avión a Ginebra en 4 horas, así que espero que la junta sea corta — sacó su teléfono y frunció el ceño a lo que sea que hubiera visto.

No se molestó por su sequedad, desde hace un par de meses, Sterling había estado de un humor particularmente oscuro, y un par de semanas atrás había empeorado. Desconocía la causa, y aunque Jean la sabía, se había negado a decirle el porqué.

En ese momento entraron La Croix y Lizzie. Dalila La Croix era alta y elegante, con el cabello color ebano y la piel de un tono crema pálido, vestía de negro y parecía recién salida de una pasarela, aunque para su sorpresa tenía una cinta color azul pálido anudada en el bolso. Ese era más color del que le había visto en el último año.

— Damian, Jean-Luc— dijo y asintió en su dirección.

Se sentó en la silla a lado de Sterling y empezó a dar órdenes a toda velocidad a Lizzie, quien a duras penas alcanzó a sentarse antes de empezar a garabatear. Poco a poco llegaron los socios encargados de otros departamentos y se sentaron en silencio. Habían pasado cinco minutos de la hora programada cuando llegó St. James.

En palabras de Jean, tenía la sangre más azul que todos ellos juntos, sin embargo, Nicholas St. James no lo mostraba, parecía una estrella de rock recién salida de una fiesta salvaje con sus jeans desgastados, su cazadora de cuero y su cabello revuelto. Si no fuera el socio fundador, tan bueno en lo que hacía, tuviera tanto dinero y contactos, cualquier bufete serio lo echaría. Dado que no lo podían despedir, solo escuchó una maldición en voz baja por parte de Sterling y vio a La Croix asentir imperturbable.

La reunión fue bastante corta, la mirada asesina de Sterling y Dalila, y la de aburrimiento de St. James, se encargaron de ello. Estaba sorprendido que Sterling no se levantara a media reunión para marcharse. Cuando discutieron la agenda y ya solo quedaba irse, Jean Luc se levantó y carraspeó para llamar su atención.

— Ha pasado un tiempo desde que vine a estas juntas por última vez, y si, Joshua, todos sabemos lo que opinas de mis decisiones — escuchó a varios reír por lo bajo—. Sin embargo, quería ser el heraldo de las buenas

noticias.

Varias personas bufaron, entre las que él se encontraba.

— En honor a la verdad, no sé quien es peor dando halagos, si Jem, Sterling o Dalia —escuchó varias risas de fondo— por lo que tuve que sacrificarme por el equipo y dar yo la noticia.

Jean empezó a caminar en su dirección y se paró a su lado.

— Aquí tenemos a Damian, uno de mis mejores amigos y quien ha logrado un hito histórico en este bufete.

— ¿Sobrevivir a irme de fiesta contigo y Sterling?

Jean sacudió la cabeza y fingió considerarlo.

— Bueno, dos hitos, ¡Has conseguido que Ster, Dalia y Jem estén de acuerdo en algo!

Volteó a verlos, St. James había dejado su fachada de aburrimiento, La Croix se veía un poco más relajada que de costumbre, y Sterling, sus ojos verdes refulgir con algo que no podía catalogar del todo. Podía ser bueno o podía ser muy malo, y la verdad, no le importaba, ponerlos a los tres de acuerdo era casi un milagro.

— Tengo miedo de preguntar.

Jean le pasó el brazo y lo acercó.

— ¡Has sido promovido! ¡Eres el asociado senior más joven del lugar!

Todos estuvieron en silencio como tres segundos, antes de que los aplausos y el chillido de Lizzie se apropiaran del lugar. Si hubiera sido más joven, habría llorado de felicidad y aceptado a ciegas, pero por influencia de Sterling y Jean, había aprendido que se podía permitir exigir algunas cosas.

— Con dos condiciones.

Vio los labios de Sterling curvarse ligeramente con algo que casi podía llamar orgullo.

— ¿Cuáles?

— Se me permitirá hacer enmiendas al contrato y quiero a Lizzie como mi

asistente.

Antes de que Sterling pudiera responder, Dalila lo hizo.

—Muy bien.

—¿Estás segura? —preguntó Jean-Luc.

—Ya tengo un reemplazo— dijo con frialdad y le sonrió a Sterling.

En palabras de Sterling, no las tuyas, cada vez que Dalila sonreía alguien terminaba sangrando. Y siendo honesto, viendo lo afilada que podía llegar a ser su sonrisa, él le creyó.

Ahora el chillido de Lizzie fue ensordecedor. Antes de que ella lo pudiera taclear, Sterling se le acercó.

—Cuando vuelva, vamos a celebrarlo por todo lo grande, Dami— dijo y le abrazó con fuerza.

Una lastima que Dami era un apelativo que se usaba para un hermano pequeño, quien resultaba sentir cierta debilidad por su olor a ámbar y bergamota, entre muchas otras cosas. Y estaba seguro que eso no iba a desaparecer en un futuro cercano, porque no lo había hecho en la última década. Lo vio salir mientras tomaba de la cintura a Dalila y le susurraba cosas al oído.

—Por el amor de Dios, ya cásense, el colegio de abogados está esperando si aplica o no el cambio de nombre— escuchó decir a St. James.

Lizzie lo distrajo al abalanzarse y darle un abrazo chillando emocionada, por lo que no alcanzó a oír la respuesta de Sterling. Vio a Jean decirle algo a St. James, y cuando notó su mirada, Jean hizo un gesto que implicaba irse de fiesta. Conociendo a su amigo, no habría ibuprofeno que sirviera cuando acabaran.

Sonrió, quince años antes ni siquiera estaba seguro de llegar a los 20, y ahora, si omitía un pequeño amor no correspondido, su vida era tan perfecta que dolía.

¿Cómo podría quejarse?